

LA POESIA Y LA VIDA DE LEOPARDI.

Mínimo homenaje al cantor del Dolor y de la Muerte en el centenario de su reposo cierto.

Leopardi, que aparece como un caso insistentemente discutido en la literatura universal, es el genio más grande del romanticismo italiano. Débil y enfermo, desencantado y pesimista, su poesía es el trasunto fiel de su vida. Pocas veces se ha dado tal sinceridad de expresión, palabra confesiva, dolorida, personal, enteramente subjetiva; expresión desbordante de sentimientos, consuelo en el monólogo triste, desesperada confidencia que se entrega, para propio alivio, en los renglones que así quedan grávidos de alma.

Leopardi nació en Recanati el 29 de Junio de 1798. Su infancia cae bajo el signo de la fatalidad. Su madre no es para él más que una madrastra. No le son dadas las ternuras que de ordinario coloran de alegrías la azul esplendidez del cielo infantil. El niño crece triste y meditativo, sedimentándose ya en su alma esa profunda melancolía que había de ser su fiel, su inseparable hermana espiritual, que había de ser alma y vida de su pensamiento, la sola savia salobre que hará florecer en su vida las flores negras del dolor. El mismo se refiere más tarde a la indiferencia materna en la pintura de "una madre de familia", acervo retrato que refleja el motivo que caía pesadamente en su íntimo, marcando su huella indeleble.

Su juventud transcurrió entre manuscritos y libros, en la rica biblioteca de su padre; allí "solazó el abandono de su existencia en un desierto espiritual, mediante un intenso estudio"; adquiriendo una cultura bastísima y una erudición nada común. Poseía el latín, el francés, el español; conoció bastante bien el inglés, el alemán y el hebreo, y su dominio del griego, que aprendió sin maestro, fué tan completo que algunos escritos que lanzó al público en tal idioma fueron considerados como un hallazgo de autores griegos desconocidos y auténticos. Escribió tragedias y varias obras en prosa, de carácter filosófico o de investigación filológica; estudios diversos, pensamientos y sus famosos *Diálogos* llenos de "pureza y profundidad", que le asemejan a Platón y que constituyen "la flor del jardín de su filosofía". Pero lo que le ha

inmortalizado es su poesía lírica, en la que en el trascurso de los años fué dejando trozos de su alma anémica y doliente.

Carducci considera dos etapas en la vida de Leopardi, etapas que, a su vez, caracterizan diversamente su poesía. La primera alcanza hasta 1826 o 1828 y la segunda desde esta época hasta su muerte, ocurrida en 1837.

En la primera desarrolla cuatro géneros de poesía: elegiaca, patriótica, idílica y clásica. En la segunda, incluye Carducci nuevos idilios, lírica apasionada y lírica filosófica. Quizás sería mejor considerar solamente dos fases en esta última etapa: lírica amorosa y lírica filosófica.

Dentro de la poesía elegiaca y como una de las primeras *poesía mayores* de Leopardi, se indica *La proximidad de la muerte*. Es un preludio. En ella se manifiestan los primeros síntomas de sus males físicos y se anticipa su inspiración sombría, que más tarde, cerrando el ciclo de su poesía, había de volver hacia el motivo central de la muerte. Bellísima composición, con rasgos descriptivos en los que se nota la influencia clásica y como argumento, una mujer que va tras el ensueño de felicidad, siendo duramente azotada por la tormenta, hasta que aterrorizada quedó convertida en piedra la infeliz, como que "solo el dolor persiste", dice, con pensamiento schopenhaueriano.

El primer amor es otra elegía de esta época. Es la pintura de sus primeras impresiones y de sus primeros sufrimientos; sed de amor y tropiezos de dolor. Es ya la expresión de decepciones íntimas y de la discordia profunda y acendrada que le invade y que había de serle indesarraigable:

¿Por qué tan vario fuí
y tanto amor cifré en otros amores?
¿Por qué cuando en verdad son todos vanos?

Desilusión. Siente el corazón "casi partido". Temprana desilusión que se afirma en el alma del poeta; el negro veneno del escepticismo que le va a correr toda la vida. El tema de ese primer amor fué una verdad amarga: la funesta casualidad que lleva a Recanati a su prima Geltrudi Cassi Lazzari. Geltrudi era bella, atrayente, seductora, de "ojos sibilinos"; pero era casada. Giacomo se enamora de ella con intensa pasión, pero con timidez, con sobresalto, con la trágica sensación de lo imposible: lo que fué, lo que tan sólo le dejó inmensa angustia y una terrible exaltación nerviosa.

Otra poesía inspirada en el mismo desgraciado amor fué *¿Dónde están? ¿Dónde fueron? ¿Qué me aflige?*, elegía y autoretrato, en que el protagonista es él mismo, el pobre enamorado que tiene la dicha de contemplar a su amada y la tortura de no poder confesarle su amor, porque ella lo debe ignorar, porque de ella ni siquiera debe recibir su compasión. En este tiempo tenía Leopardi poco menos de 19 años.

La segunda época es, sin duda, la más copiosa en la producción leopardina, no sólo en cantidad sino en variedad. En estos cinco años, de 1817 a 1822, al lado de las elegías, íntimas y doloridas, produce poemas enteramente objetivos como *A un vencedor en el juego de pelota*, cantos al *Infinito* y *A la Luna* e himnos patrióticos, idilios y odas de corte clásico. A lado de su inspiración personal, siente inspiraciones históricas y patrióticas.

Pero siguiendo el proceso de su poesía subjetiva, se descubre un cruel ensañamiento del destino en la vida de Leopardi. Parece perseguido por una fuerza inelmente. Apenas restaña la herida de su corazón, apenas una claridad de bonanza se hace en su horizonte, brumas le nublan y tormentas se desencadenan sobre él. Teresa Factorini, muchacha buena y comprensiva, “la niña compasiva y triste” que tal vez “tiene para él miradas de ternura, cuando las gentes del lugar se ríen de su naciente joroba”, y María Bellardinelli, su “rubia y cándida vecina”, a la que puede ver con frecuencia, esas dulces y castas amadas del poeta se van....., se van por el negro camino de la sombra, se extinguen tempranamente esas flores que le daban esperanza y perfumaban la monotonía de su soledad. Esas amadas del alma debían ser inmortalizadas en *Silvia* y *Nerina*. Ellas le inspiran la *Canción a una mujer enferma*, *El sueño*, *A la muerte de una mujer amada*, las *Palabras memorables de Filippo Ottonieri*. Algunos críticos incluyen también aquí *El pájaro solitario*, aunque Carducci considera que procede de 1828.

En estas obras desborda todo su pesimismo; no sólo es el desaliento ante un dolor; es la reflexión acerva acerca de la existencia, tan vacía, tan huérfana de goces y de una alegría duradera y cierta, y la fuerza del dolor como un tremendo imperativo siempre blandiente sobre la desasistida humanidad. La felicidad sólo es una ilusión, forma imaginada, luz que se desvanece, como *Silvia* que se esfuma cuando pretende estrecharla entre sus brazos.

Amor y decepción fueron sinónimos para el poeta. Nunca bebió las cristalinas linfas del placer alcanzado; nunca sus manos temblorosas sostuvieron la lozana flor apetecida; jamás se recrearon sus ojos en un ensueño realizado. La propia naturaleza se ha conjurado contra él; la ama; pero ella le ha negado sus dones, le ha negado la salud, la fortaleza y, por ende, las posibilidades de triunfos y de satisfacciones. Le ha dotado de un organismo enfermo, delicado, casi deforme, le impone una decrepitud angustiosa en plena edad viril. Abrumado se queja en *La noche del día de fiesta*:

..... Natura omnipotente
que para padecer lanzóme al mundo.

y es desolado su clamor, cuando parecele haber escuchado la voz inapelable, el fallo de su eterno martirio:

No hay esperanza para tí—me dice—
ni siquiera esperanza; sólo el llanto,
no más que el llanto brillará en tus ojos.

Tanto desconsuelo le atenaza, se siente tan solo, tan abrumadoramente solo, que en *La vida solitaria* su grito se torna desesperado: reprocha a la Naturaleza su incommovible indiferencia, su sañuda crueldad, su sarcasmo evidente de estar siempre al servicio de la felicidad, de prodigar bienes al que los posee y negarlos enteramente al que los ansia sin tener ninguno:

«Jorge Puccinelli Converso»

..... Tú tuerees
del mísero la vista, y desdeñando
la desdicha, el afán, a la imperante
felicidad, Naturaleza, sirves.
No queda en cielo o tierra amigo alguno
ni otro refugio al infeliz que el hierro.

Marcha aceleradamente hacia el irreverdecible erial de ese pesimismo “seco, sin lágrimas”, enconado, con el profundo rencor del desamparo absoluto, de aquel a quien nada ni—lo que es peor—nadie remedia. Siente ya clavarse en su pecho el acero de la desesperanza. Nostálgico de otros días, ante el foseo vacío de su soledad, exclama:

¡ Amor, amor, cuán de mi pecho lejos
volaste ya.....
.....
.....
..... El tiempo evoco

en que hasta el alma mía descendiste

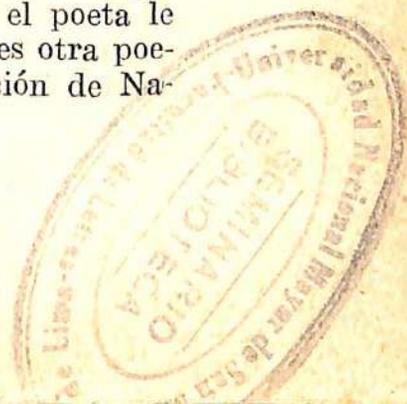
.....
..... Mas no tan pronto
fuí tuyo, amor; que ya fortuna había
roto mi vida, y para aquestos ojos
propio era solo el perdurable llanto.

Sin embargo, la vida caprichosa y sorpresiva, halagüeña y falaz, engañadora y pérfida, que tiene sonrisa y garra, infiltró pronto nuevas ilusiones en el alma del poeta; ilusiones que habían de ser otras tantas espinas y otros tantos desgarros en su pobre corazón. Y quién había sentido tan gran desolación, y quien había escrito los lúgubres acentos de *Bruto menor* y del *Ultimo canto de Safo*, ve asomarse ante sus ojos nuevas figuras de ensueño: Rosa Padovani, la condesa Malvezzi, Mariana Brighenti. Es una pausa de sosiego, un celaje distante que derrama su claridad transitoria, nada más. Se encuentra en Bolonia, año de 1825. “Estoy contentísimo de hallarme en Bolonia—escribe—ciudad tranquila, alegre y hospitalaria”. Se abre entonces un paréntesis en su poesía subjetiva y doliente, escribe obras en prosa, traducciones, investigaciones eruditas y filológicas.

Pero nada hay que cure y extirpe su tremendo mal espiritual: proceso de sus enfermedades, motivos ajenos o personales, circunstancias diversas; todo se conjura y coaliga para ceñirle la eternamente renovada corona de espinas que llevó meludiblemente. Abismos insalvables se abren entre él y cada uno de sus amores. Rosa Padovani es una mujer frívola, que no corresponde a su ideal; la condesa Malvezzi sólo le ofrece un afecto amistoso y fraternal, y se considera ofendida al saberse objeto de un verdadero amor; y Mariana Brighenti amaba a otro hombre.

Derrumbados sus ideales una vez más, se aleja de Bolonia, en 1827, “desalentado, triste y enfermo” En la composición *Al conde Pepoli* le parece insoportable la vida, “afanoso y trabajoso sueño”, en que “La Tristeza vive y reina”; dice el adios al “dulce engaño” y avanza en su mundo de bruma asido de la mano por esa implacable deidad del sufrimiento.—Las notas de sus pasadas desilusiones se traducen en *El gorrión solitario*, *Los recuerdos*, *La calma después de la tempestad*, *El sábado en la aldea* y en el *Canto nocturno de un pastor errante del Asia*.

La primera es otra referencia de su soledad, semejante a la de aquel “hermano en juventud”, pero más dichoso, sin embargo, pues que el reposo le llegará más pronto, mientras que el poeta le aguarda la inevitable y “odiada vejez”. *Las recordanzas* es otra poesía reminiscente; delicada y melancólica, dolorida evocación de Na-



rina, la dulce ausente que no vuelve. *El sábado en la aldea* expresa la sana y candorosa alegría de la gente sencilla, contrastando con la reflexión del poeta que ya presiente o entrevé la amargura por el retorno de las durezas del vivir, luego de transcurrido el anhelado día de fiesta. El *Canto nocturno de un pastor errante* es una bellísima composición, en cuya forma fluída se hace notar más claramente la influencia petrarquesca; poesía reflexiva, hecha de insistentes interrogaciones, una especie de monólogo que quiere ser diálogo con la pálida y "silenciosa luna", que, como las estrellas, nada le responde. Es el comienzo de su poesía filosófica, según la clasificación de Carducci; la inquietud, la duda, el ansia de esclarecer más de un por qué; el alma atribulada que pide explicación de su condena.

En la trayectoria ondulada de su espíritu, Leopardi experimenta algún resurgimiento:

No importa que la vida
nos niegue sus encantos
ni que intensos quebrantos
nos vengan a amargar:
si el corazón conserva
savia de sentimiento.....
feliz resurgimiento
lo puede despertar.

Biblioteca de Letras
"Jorge Puccinelli Converso"

Como más tarde en Amiel, es el atolondrado renacer de primavera que atumulta la sangre empobrecida, que clava su aguijón vital, que hace vibrar los nervios multisona y desordenadamente; sensación de vida que clama por verdadera vida, que termina en sofocado estertor y abatimiento.

Así, en Leopardi el renacer de una ilusión es el reabrirse y agrandarse de una herida, el resurgir de una esperanza es el renovarse del golpe terco de la decepción y el sumergirse en el océano del tedio y del desaliento.

Hacia 1830, el poeta es víctima, se diría, de otro desgraciado y último amor. Fanny Targioni-Tozzetti se llama la musa veleidosa, incomprensiva y coqueta de este tiempo, que, no obstante ser casada, le hace creer en la posibilidad de una correspondencia. Al decir de sus biógrafos, fué esta la "verdadera y terrible pasión de Giacomo", la que le sumerge en el caos interior y desencadena mayores males sobre su salud empeorada. Desarrolla entonces su lírica apasionada: *El pensamiento dominante*, expresión de su obsesión amorosa, en la que considera al amor como única razón del vivir; *Amor y Muerte*, duda del amor que esperaba e invocación a la amada cierta:

No tardes más, accede
al ruego inusitado,
cierra a la amarga luz mis tristes ojos..

Consalvo es tal vez, como alguien cree, una parodia del Werther, de Goethe; sugerido también por análogas incidencias de su vida. Cierra este ciclo con *A sí mismo*, que es su propia elegía, un responso con el que sepulta a su tan ensañadamente destrozado corazón:

Ya, mi cansado corazón, ahora
reposarás por siempre.
Murió el postrer engaño;
eterno me creí. Murió. No sólo
de ilusiones queridas la esperanza
hase extinguido en mí, sino el deseo.
De hoy más reposo. Mucho
has palpitado
. De hoy para siempre,
despréciate a tí mismo,
a la Natura, al ciego
poder que oculto, para el daño impera
y a la infinita vanidad del Todo.

Ya nada le queda: no solamente ha muerto la esperanza sino el deseo de ella. Fúnebre nota, trágico acento que le singulariza. Estos versos son más que una queja acerba, más que un grito desgarrador; el requiem funerario con que, en vida, se sepulta a sí mismo, sepulta a su corazón, sepulta a su espíritu, con sus ideales con sus ensueños, con sus ansias jamás realizadas, con sus anhelos jamás satisfechos.

Por fin, casi al término de su vida, de 1833 a 1837, entra Leopardi en un período de relativa serenidad. Ha cumplido su palabra: ha enterrado su corazón. Acostumbrado al dolor, demasiada abierta su herida, ya no le duele tanto, la mira, la restrega y, en vez de quejarse angustiosamente, medita, piensa. Como los antiguos mártires del cristianismo, encuentra quizás satisfacción o conformidad en su crucifixión en la hoguera que le redime de tanto duelo anterior. Llega a exclamar que se encuentra "contento y sosegado al fin". Acaso con ironía heiniana, dice:

Contemplo
el mar, la tierra, el cielo, y me sonrío

Elabora entonces esa lírica filosofía, preñada de interrogantes, escudriñadora de los misterios del infinito y de la eternidad: el problema de la muerte, que es descanso apetecido en el duro padecer, y es ausencia sentida de los seres amados; la nada que espera al cuerpo, en huesos y polvo convertido; el consuelo de una vida luminosa y tranquila, y el desconsuelo, a la vez,—fiel a su pesimismo—porque

. la humana vida
cuando la bella juventud concluye,
ya jamás se colora
con otras luces ni con otra aurora.

De esta época son: *A Aspasia*, de carácter evocativo; *Palinodia*, cuya amplitud de pensamiento rebasa su personalidad; *Sobre un fúnebre bajorrelieve antiguo*, personal interrogación al misterio de la eternidad; *Sobre el retrato de una hermosa dama esculpida en su monumento sepulcral*, en donde pone de manifiesto la inanidad de la vida, en la que—precursor de Shopenhauer—como le ha llamado Edme Caro, “sólo el dolor existe”; *La puesta de la luna*, y su obra final *La retama*, tenida con razón como su obra capital; obra de acentuada influencia clásica, pero en la que el autor conserva su originalidad tersa, florida, en la que hay claridad y belleza, hondura y pensamiento.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Además de esta poesía íntima, Leopardi escribió, como se ha dicho, odas de carácter patriótico: *A Italia*, *Sobre el monumento de Dante que se preparaba en Florencia*, *A Angelo Mai por el descubrimiento del “De República” de Cicerón*, hermosas composiciones con las que “se inicia un nuevo y grandioso renacimiento de la literatura italiana”. “Obras maestras, dice Garnett, de noble dicción y poco menos que milagrosas para la edad de veinte años en que fueron compuestas”. No se puede prescindir de estas composiciones por la gran trascendencia que les corresponde en la literatura italiana: su influencia renovadora, desde el punto de vista artístico; y su sentido patriótico en el aspecto político. Así Leopardi, aparte del valor en sí de su poesía, viene a ser un emblema, como quiere considerarlo el crítico citado: en su vida y en su “protesta pasiva del martirio”, “se mostró la belleza y la angustia del país en sus sufrimientos”; y por ello se le cuenta en ese grupo glorioso—en el que se incluye a Mazzini—que inaugura ese movimiento y ese estado de espíritu que recoge las aspiraciones patrias, que se llama la Regeneración o el Resurgimiento.

Por lo demás, la poesía de Leopardi se caracteriza generalmente por el verso libre; en éste alcanza la forma su modalidad más hermosa en la literatura italiana, la “más alta belleza y transparencia”, dice Vossler; “lírica notablemente suave, clara y deliciosamente armonizada, en un estilo que hace el efecto de ser una continuación y perfeccionamiento de los elegíacos arcadianos del siglo XVIII”. Quizás se resiente un poco de la extensión,—*La retama* tiene 392 versos—en la que el pensamiento va diluído o repetido como en las notas de una música monocorde. Razón del nexo poderoso, de la estrechísima relación entre la vida y la poesía del autor, en la que ésta es consecuencia de aquella, la resultante necesaria, que la traduce y expresa. De ahí que como un *leit motiv* está el sufrimiento, el dolor incesante y repetido, y la necesidad de referirlo angustiosa y reiteradamente, en una gama interminable de estados de alma, sensaciones, emociones, sentimientos.

De la estirpe espiritual de Lenau y de Shelley, de Stagnelius y de Vigny, de Byron y de Hölderlin, de Esproceda y de Mascha, Leopardi sufre y expresa el *mal del siglo*. Herencia literaria, factor ambiente, causas patológicas, circunstancias educativas y familiares, sea lo que sea; razones coluidas y agravantes hacen de su vida un inmutable sacrificio. Marcha lenta y penosa de treintinueve años; acerbamente fustigado, extrañamente incomprendido, recogiendo desengaños y acaso vituperios que le dejan llagada el alma.

Su vida recorre una singular trayectoria que se parece a la forma parabólica que asigna Zweig a la vida de sus héroes de la “lucha contra el demonio”: de un lado se precipita aceleradamente, vertiginosamente hacia las simas del dolor y de la muerte; de otro se eleva encendida, luminosamente en las inaccesibles esferas de la belleza y de la sublimidad; y mientras más hondo cae, más alto se eleva, siendo la caída su liberación. Cae el átomo doliente de su cuerpo, martirizado e inerme, asciende, entre la música gemidora de sus versos y en el ígneo resplandor de su caída, el espíritu sufrido y rescatado, el “vencido victorioso”, definitivamente indemnizado por la paz infinita en la gloria y la inmortalidad.

Pobre corazón vacío, pobre corazón desierto. Las fééricas faldas del amor, febrilmente deseadas, anhelosamente perseguidas, no juntaron sus alas nunca en él. Tan sólo la Piedad acudió a vertir su óleo generoso en la frente macerada del poeta. Manos desconocidas, manos esperadas, eternamente ausentes, de amada que no llegó,

reemplazadas fueron por otras manos, manos de mujer, sí, pero manos amigas solamente que en su postrer momento sostuvieron su cabeza fatigada y exhausta; y si Antonieta Tomasini y Paolina Leopardi—la abnegada hermana—fueron, en treguas, como nobles Antígonas de ese espíritu expiativo y sin culpa, Paolina Ranieri, como divinidad tutelar, junto al lecho de muerte, le seca el sudor de la corta agonía y le es dado alcanzarle la luz que, como Goethe, pide el moribundo con últimas palabras: “¡Abrid aquella ventana! ¡Hacerme ver la luz!”. Tenía premura por salir de la noche en que había vivido.

Junio de 1937.

NAPOLEÓN M. BURGA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

